

MORAL ETERNA MORAL INSUBSTITUIBLE⁵⁵

La moral cristiana es el único cimiento, no conmovible, sobre el que pueda edificarse, una cultura digna de ese nombre.

La civilización grecorromana, con tanto empeño, enaltecida y glorificada por poetas y prosistas, por literatos y filósofos, traía en su seno el germen de su propia ruina, de su propia disolución, ya que, apartándose cada día más de lo que fuese espiritual y alto, degeneró hacia un culto cada vez más grosero de la materia y del placer, hasta llegar a la ferocidad del circo y a la vergüenza de las bacanales.

Lo mismo había pasado antes con Babilonia y Nínive; con Cartago, consagrado al culto de la riqueza, con Egipto, debilitada y envilecida por el más embrutecedor despotismo; con la India, carcomida y minada por el odioso régimen de las castas.

Unicamente el cristianismo ha podido perdurar. Sólo la civilización fundada, hace dos mil años, en esa doctrina de misericordia y de amor, ha resistido todas las tempestades de la historia y desafía aún —dignamente representada esta vez por dos naciones de firme cepa cristiana—, los asaltos rabiosos del nuevo paganismo, de la nueva religión de la fuerza que en Hittler, y en los suyos se encarna.

Sólo la fraternidad y el amor, sólo el culto a los valores del espíritu, sólo el respeto a la dignidad del hombre y al dogma santo de la igualdad de los pueblos —sean fuertes o sean débiles—, puede redimir a la humanidad y librarla de la catástrofe.

Sin una moral sólida nada es posible, y esa moral no puede fundarse sino en la religión, en el acatamiento a los mandatos de un Ser Supremo, legislador del pueblo y naciones, de individuos y colectividades.

Por eso Napoleón, aleccionado por la experiencia formidable de la revolución francesa, llamó en su auxilio al sentimiento religioso para reconstruir a Francia, pues al penetrar con su genio en los secretos de los

⁵⁵ *El Universal*, 9 abril de 1941.

hombres y de las cosas, no podía engañarse acerca de lo que pudiera dar de sí aquella confusa mezcla de ateos, escépticos, epicureístas y vividores, que, como toda revolución, trajo consigo aquel terrible sacudimiento, uno de los que con mayor intensidad, han conmovido el orden social y la conciencia humana.

Por eso también los observadores juiciosos, los que no se detienen en la superficie, tienen que afirmar, frente al espectáculo del derrumbe de todas las virtudes públicas y privadas, en las épocas o en las naciones que olvidan a Dios y dan la espalda a Cristo; tienen que afirmar que, aun cuando sólo fuese por instinto de conservación deberían los gobernantes cultivar con esmero, o por lo menos no obstaculizar el espíritu de afirmación y de creencia, sin el cual todo lo demás vacila, todo lo demás se viene abajo: desde la seguridad y la independencia de las naciones hasta la honestidad personal, los valores cívicos y las más nobles virtudes del hogar.

Demasiado lo demuestran la experiencia actual y la de todos los pueblos por donde el huracán revolucionario ha dejado sus huellas. En la Inglaterra de fines del siglo XVII y de principios del XVIII, en la Francia del terror y del Directorio, en la Rusia de Lenin y de Stalin, en la España de la Revolución Azañista, lo mismo que en el México post-revolucionario; en todos los lugares y en todas las épocas en que se ha obscurecido el sentimiento religioso, imperando en su lugar el escepticismo, la negación, la indiferencia o el sarcasmo, ha sobrevenido de modo simultáneo y fatal una dolorosa relajación en las costumbres, un deplorable y acentuadísimo descenso en el nivel de la moralidad pública y privada.

Basta asomarse a las escenas callejeras en que nuestra capital es tan pródiga para percatarse del desenfreno sexual que de muchos hombres y de no pocas mujeres —jovencitas incautas— se ha ido apoderando.

Basta, igualmente, comparar la vida social y familiar de hoy con la que en épocas anteriores llevaba la mujer mexicana para darse cuenta, al instante, del terreno perdido, de la onda y pernicioso transformación que se ha operado en nuestras costumbres.

Al hablar el historiador Alamán de nuestras mujeres criollas en la época colonial no pueden menos que tributarles el más merecido elogio. Las presenta, según siempre lo fueron, como dechado de continencia y de virtud. “Nada había más respetable que las familias de mediana fortuna de las provincias, siendo las mujeres criollas, amantes esposas, buenas madres, regocijadas, hacendosas, bondadosas.”

¿Podría decirse hoy exactamente lo mismo, cuando las costumbres de hombres y de mujeres —me refiero sobre todo a la generación ultra

moderna, se hayan tan hondamente influenciadas por el cine, por el cabaret, por los bailes, los usos y las libertades de moda?

Se necesita padecer de absoluta ceguera mental para no percibir que el hombre y la mujer —sobre todo esta última— necesitan frente al embate de las pasiones de normas precisas y categóricas y de conducta que, por su carácter irrefutable, estén fuera de toda discusión y de cualquier intento de análisis.

En el momento del asalto de la pasión o del amago de la concupiscencia, no hay tiempo ni posibilidad para lucubraciones filosóficas ni para estorbosos o prolongados análisis científicos. El espíritu, la voluntad, fuertemente impelida o solicitada, tiene que decidirse por un SÍ o por un NO: por ceder al impulso del arrebató pasional, que está urgiendo, o por rechazarlo en forma enérgica y decisiva.

Y la norma fija e indiscutible que a la voluntad debe proporcionar la solución instantánea, sólo puede darla una doctrina, una moral que hable, no de parte de un legislador humano y falible, sino en nombre de una ley divina, impuesta a la creatura por su Creador, y bien gravada en el fondo de la conciencia.

El ser humano al que, en un momento dado solicitan y asedian el placer, el apetito o la tensión, difícilmente atenderá a las sugerencias o a la exigencia de una teoría o de una moral por otro hombre concebida. Exigirá algo más discutible y más alto. Sólo se someterá, en ese momento de congoja y de prueba, de vacilación y de lucha interna a la orden, al mandamiento que provenga de la única excelsa autoridad que por el hombre no puede ser discutida.

Ese único soberano capaz de marcar diques a la pasión que estalla, en Cristo, el Mesías, el Enviado, que a nombre de su Padre pueda dar la ley, y la da, a todos los que lo aceptan como el divino intermediario.

De modo muy diverso proceden el humano legislador o el moralista. Ellos también fijan reglas de conducta e invitan al hombre a seguirlas, pero no está en sus manos lograr que la voluntad se mueva en el sentido de sus exhortaciones. Estas, simples consejos o simples prevenciones se reducirán de seguro a letra muerta, siempre que la pasión arrolladora o el instinto prepotente hagan oír su voz.

Cristo, en cambio, ha podido convertir en grandes santos, en hombres justos y rectos, a los más grandes pecadores, ha domado a los bárbaros, que amenazaban con destruir el mundo antiguo y en materia moral ha realizado un milagro que para las demás religiones y para la humana filosofía fuera siempre un imposible: inspirar a la mujer la sublime y casi

divina virtud de la castidad. A la mujer, de la que otras civilizaciones y otras culturas habían hecho carne de esclavitud e instrumento de placer.

En medio de las maldades del mundo y de las borrascas y la pasión, Cristo es el único amigo de la mujer y del hombre; Cristo es el único maestro, el único salvador.

Inútil es cerrar los ojos a la verdad; ella nos asalta a cada vuelta del camino, nos deslumbra con su resplandor, nos taladra los oídos con su estruendo.

Cada bombardeo, cada incendio, cada ciudad destruida, cada hecatombe de ancianos, de mujeres y de niños, cada una de las monstruosas y dantescas escenas de la actual catastrófica conflagración, nos está gritando con voz apocalíptica: “Repudiar a Cristo, es renunciar a la salvación, es abrir las puertas del abismo, es soltar las cataratas del mal, es dejar libres, desbocados, sin freno, todos los bajos instintos, todos los odios cavernarios, toda la ferocidad y todo el atávico salvajismo que bulle en el fondo de la humana naturaleza”.

Furias satánicas todas estas que como océano enfurecido se desencadenan y se desbordan apenas se suprime la barrera de amor de fraternidad, de superación, de alteza moral, de sublimidad heroica que portentosamente le supone el Crucificado, el Maestro de la misericordia, el único que ha sabido enseñar a los hombres el sacrificio y el perdón, la negación de sí mismos la crucifixión de la carne, el aplastamiento de lo material y de lo abyecto, la supremacía victoriosa del alma libre del espíritu inmortal.